

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL NUEVO DOCTOR
JACOB L. MEY**

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Miembros del Claustro Universitario,
Queridos amigos, familia y todos cuantos me honran con su presencia en
este ceremonia

No puedo del todo evitar que mi voz suene trémula al dirigirme a esta insigne
asamblea para dar testimonio del inmerecido honor que hoy se me confiere y
expresar mi gratitud a la Universidad de Zaragoza y a mi gentil madrina y
antigua amiga la Doctora Carmen Olivares. Confío, a pesar de este sentimiento,
en llevar su ánimo unas cuentas ideas pertinentes sobre el que me parece uno
de los más importantes desarrollos de la lingüística contemporánea, a saber la
pragmática.

Mis temores surgen del hecho de que no alcanzo a comprender cómo mis
modestas aportaciones a este campo de estudios puedan constituir razón
suficiente para recibir el más alto galardón con que la Comunidad universitaria
honra a uno de sus miembros. Hay muchas personas sin duda más dignas que
yo de esta investidura académica pero, dando esto por sentado, reitero mi honda
gratitud no solo por la distinción que se me hace a título personal, sino por lo
que ésta supone de reconocimiento de disciplina que cultivo. Al honrarme,
honran a la pragmática como un valioso ámbito del saber. En este sentido, Vds.
contribuyen a proclamar la mayoría de edad de la pragmática, campo al que me
he consagrado durante buena parte de mi vida académico (para ser precisos
desde la aparición de la revista *Journal of Pragmatics* en 1977) tarea que intento
proseguir con su preciosa ayuda y apoyo moral. Les doy mis más sentidas gra-
cias tanto a los que están aquí en razón de sus cargos, aquellos directamente
responsables de mi elevación a tan alta dignidad, como a aquellos presentes por
su interés en mi persona y en mi obra - interés que va del círculo muy personal
de mi familia más cercana y mis amigos íntimos, hasta el más distante pero
siempre cordial de aquellos cuyas preocupaciones coinciden total o parcialmen-
te con las mías.

Y, antes de seguir adelante, permítanme expresar mi satisfacción por haber
sido promovido a este grado académico máximo en el año 1993, que en España
y muchos otros lugares es conocido como año Jacobeo. Sin presunción o
afectación deseo también dar las gracias a mi Santo Patrón San Jacobo, que,
quién sabe, algo puede haber tenido que ver con el asunto.

Dije con anterioridad que me hacía especialmente feliz el ver a la pragmática
consagrada, por así decirlo, en mi humilde persona, como un valioso eslabón en
la jerarquía lingüística. Por tanto, me parece apropiado emplear algunos
minutos de su tiempo en explicarles lo que pienso que es tan importante en esta
ciencia y por qué merece ser apreciada como el desarrollo quizá más sugestivo
de los estudios del lenguaje en nuestro tiempo. Así lo haré con la mayor de las
confianzas ya que capto en Vds. una auténtica preocupación por todo lo

indisciplinar, como atestigua la elección de mi co-doctorando el Profesor Hillis Miller, en cuya obra encuentro un buen número de coincidencias con mi propio pensamiento. A causa de todo ello, he titulado mi breve alocución:

LA PRAGMÁTICA COMO DESCONSTRUCCIÓN

El filósofo danés Soeren Kierkegaard (1813-1854) en una obra escrita en 1848, pero publicada posthumamente en 1859, el breve ensayo titulado *El punto de vista*, de carácter autobiográfico, por no decir confesional, caracteriza la desmoralización de la vida moderna como algo provocado por:

"El misterio de nuestros yerros, es decir, el no considerar preciso preguntarse por el comunicador sino solo por la comunicación, lo único objetivo" (Kierkegaard 1950:44-45).

La conexión que aquí establece Kierkegaard entre el comunicador y la comunicación (que él considera, fiel a su visión fundamental de la naturaleza humana, como una oposición dialéctica) preludia nuestro propio desvarío, es decir la idea de que, al examinar un texto, no debemos considerar el autor sino únicamente su producto, el texto mismo.

Este fetichismo textual, apoyado en su versión más extrema por los protagonistas del "New Criticism", encuentra su paralelo en la lingüística, en la que se ha pensado y hay quien sigue pensándolo, que el dominio propio de la lingüística es el lenguaje, todo el lenguaje y nada más que el lenguaje. Así Noam Chomsky, uno de los lingüistas más famosos de nuestra época (y un estructuralista, si es que alguna vez ha habido alguno) habla, en un pasaje muy conocido de su obra temprana de la "caracterización de un hablante u oyente ideal, en los términos más neutros" (1965: 7) cuyo mensaje sea lo más independiente posible de los "prodigiosos medios de comunicación" (por emplear de nuevo una expresión de Kierkegaard: *ibid*: 45).

Al introducir al usuario en el cuadro, la pragmática se empeña en contrarrestar el falso objetivismo inherente a estas concepciones. Y lo hace sin retrotraerse a una insípida forma de "autorismo" como por ejemplo preguntarse con quién diablos estaba casado Lenin como posible explicación de haber escrito "Materialismo y Crítica Empírica" ese horrible librito (como lo llama Umberto Eco en *II pendulo de Faucault* p.39).

Tampoco es mi intención detenerme en el halago vacío y superficial de El Usuario cuyos "labios plagados de culpa" se considera que "resuenan"... no simplemente "se sueltan" una o dos veces al año, según algún milagro pragmático del Santo Patrón de los usuarios, sino siempre con la partitura de la perfección, el ut-re-mi-fa-sol de la pragmática.

El verdadero ámbito de la pragmática es pues el usuario como alguien que usa y es usado, en una verdadera oposición Kierkegaardiana. El usuario usa el lenguaje que se le ha dado: pero al propio tiempo el lenguaje que se le da es algo dado "un dato" (datum). El dar excluye el tomar (la expresión "dar y tomar" se refiere a distintos procesos no al mismo proceso a la inversa). Lo que es dado no

puede, sin ofender al donante, tomarse; pero tampoco puede lo que es dado quitarse, tal es la dialéctica de la pragmática.

Además, en la medida en que la lingüística se ocupa de los datos, los hechos puros y duros, como antaño se solía decir, sucede también que el lenguaje, así tomado como dato, como hecho puro y duro, constituye el lazo común que nos ata a todos juntos. Sin embargo (como Kierkegaard también señala en otro lugar) este lazo es al propio tiempo una pesada argolla, un cepo que nos atenaza e inmoviliza y en cuanto a los "hechos mismos" su etimología implica que nosotros tenemos un activo papel que desempeñar; los hechos son "terriblemente dialécticos" como el mismo autor nos recuerda (1950:83). Revitalizar estos hechos para hacerlos de nuevo activos, desasir esta cadena que nos apresa, desconstruir esta atadura onerosa e invalidante, conservando a la vez la ligazón que es su oponente dialéctica, ésta es la verdadera misión de la pragmática.

Pero ¿por qué llamarlo "desconstrucción"? No sería mejor y quizá un poco más claro hablar simplemente de desatar el nudo lingüístico, de romper las cadenas del usuario del lenguaje? Por más apropiado que parezca el término "desconstrucción" especialmente en las circunstancias de este discurso aquí y ahora y en el marco de referencia establecido por mi ilustre co-doctorando, sin duda debe existir alguna razón de peso para su empleo más allá de la mera *captatio benevolentiae*. Y es que para desconstruir debemos saber lo que significa construir.

Podemos decir que la lingüística construye el lenguaje; es decir, cuando los lingüistas hablan sobre el lenguaje, los objetos de que hablan tienen la forma de constructos teóricos (sintagmas nominales, oraciones, etc.) los objetos de los lingüistas son similares a los constructos teóricos de las matemáticas; es decir, objetos matemáticos como puntos, líneas, triángulos, etc. que no deben confundirse con objetos del mundo real. La teoría lingüística clásica opera con un concepto de descripción que se basa en una construcción de la realidad tal como "la estructura del lenguaje" (por esta razón muchos lingüistas clásicos y contemporáneos son llamados "estructuralistas"). En palabras de uno de sus más distinguidos representantes, mi propio mentor y maestro el danés Louis Hjelmslev (1899-1965), los "objetos" lingüísticos no son sino intersecciones de líneas invisibles, de relaciones abstractas que son descubiertas por el analista; en este sentido, no son en absoluto objeto sino que representan mera estructura (vease Hjelmslev 1954 *pass.* pero especialmente sección 4). Además, las relaciones de que se ocupan los estructuralistas (y de nuevo tomo a Hjelmslev como mi más destacado ejemplo) no son abstractas únicamente en el sentido de que no se relacionan directamente con el plano de los objetos del mundo: en particular, hacen abstracción de la realidad del mundo, visto como un mundo de usuarios.

Tal como Chomsky dejó meridianamente claro en las palabras antes citadas, un lingüista no se interesa en el lenguaje como objeto de uso sino únicamente en el lenguaje como objeto de descripción.

Me acuerdo de cómo Hjelmslev acostumbraba a hacer notar, medio en broma, que los lingüistas no tenían por qué saber muchas lenguas (esto lo decía

para superar el sentido hoy ya caduco del término "lingüista" como "alguien que sabe muchas lenguas")., de hecho, un buen lingüista no sabía ninguna lengua en absoluto por lo tanto, concluía "yo debo de ser un mal lingüista". (Es preciso tener en cuenta que Hjelmslev hablaba y escribía -aparte de su danés nativo que dominaba con estilo magistral- las lenguas europeas principales: francés, inglés y alemán, que usaba con gran competencia y en ocasiones habilidad casi nativa y, a mayor abundamiento, era capaz, llegado el caso, de dirigirse al público y a los lectores en lenguas tan ignotas como el finés o el checo). Otro Hjelmsleviano, Jens Holt, que fuera catedrático de lingüística en la Universidad de Aarhus acostumbraba a desconcertar y divertir a sus colegas de todo el mundo dirigiéndose a ellos en hitita, lengua muerta del Próximo Oriente.

En nuestra propia época, no hace tanto que los lingüistas de cierta denominación afirmaban que, para dedicarse a la lingüística, bastaba por completo con dominar cualquier lengua -el inglés sin ir más lejos (por citar el sarcástico comentario de mi antiguo colega en la Universidad de Copenhague Jens Juhl Jensen).

Lo que los estructuralistas excluían implícita y a veces explícitamente de las relaciones que constituyen la trama del lenguaje eran precisamente las relaciones que tenían que ver con la realidad social tal como se refleja en sus usuarios.

Más los usuarios no son únicamente hablantes nativos de alguna lengua (preferentemente en peligro): los usuarios son la condición sine qua non del lenguaje. Retocando un viejo adagio podríamos decir "Extra usum nulla lingua". "Fuera del uso no existe lengua alguna".

El milagro pragmático, mediante el cual las palabras cobran vida y los hablantes adquieren fluidez, es posible sólo en el mundo del uso, bajo el patronazgo de su eponimo Santo y Protector, San Usuario al que antes me refería (sin olvidar a su tocaya Santa Usuaría).

Como lo antedicho puede resultar un tanto vago, hagámonos una pregunta más concreta: si la pragmática es desconstrucción ¿qué es lo que se supone que desconstruye? En otras palabras ¿qué hace de la pragmática un brote necesario de entre las preocupaciones humanas por el lenguaje?

Como muchos de Vds. saben, la pragmática surgió como resultado de una doble tendencia, la una en el seno de la lingüística propiamente dicha, la otra en la filosofía del lenguaje. Por lo que respecta a la lingüística, el trabajo realizado bajo la égida de la gramática transformacional en los sesenta había puesto de relieve algunas limitaciones graves en la fuerza explicativa de la sintaxis. Algunos "Jovenes turcos" del campo Chomskiano trataron de dar alguna solución al impasse; uno de ellos era George Lakoff, quién en artículos publicados en los últimos sesenta y primeros setenta sostenía que el enfoque Chomskiano deba rigidez a la lingüística al mantenerla sujeta por las tenazas de hierro de las reglas sintácticas. Sus propias ideas rebeldes no le granjearon ninguna simpatía entre la ortodoxia y se le obligó a abandonar la comunidad Transformacional y trabajar por libre, de paso, con gran éxito (para mayor detalle consúltese Mey 1993: 26 f).

Sucede también que la gente no quiere siempre decir lo que dice y menos aún dice lo que quiere decir. Sin embargo se les entiende, como señala alguien también de nombre Lakoff, Robin. A este respecto, tampoco las estrictas reglas de la sintaxis son de gran ayuda. Si un autor elige comenzar un libro con la oración "El estaba sentado en el porche delantero cuando llegó la carta", no tiene caso invocar una regla gramatical que nos diga que no debe usarse un pronombre personal como "él" sin una referencia previa. Si digo por ejemplo que mi hija nunca ha estado en Israel pero que lo habla fluidamente, todo el mundo entiende lo que quiero decir, aunque los sintacticistas señalen con dedo acusador a mi pronombre perezoso. (Expresión de Barbara Partee).

Casos como estos mostraban la insuficiencia de los enfoques clásicos, basados en la sintaxis en forma negativa. Los filósofos del lenguaje como Austin, Searle y sus amigos habían puesto en cuestión desde hacía tiempo la validez de considerar el lenguaje como un artefacto neutro clasificado y catalogado como otros productos humanos fosilizados. Su enfoque del lenguaje era positivo: ellos fueron los primeros en preguntarse ¿qué podemos hacer con el lenguaje? y ¿para qué se usa el lenguaje?

El resultado de hacerse estas preguntas fue la creación de un nuevo enfoque de los estudios lingüísticos, el llamado de los actos de habla; el quehacer del lenguaje no es el lenguaje mismo, el lenguaje aislado, sino el ejecutar algo con el lenguaje: operar cambios en el mundo, usar las palabras como instrumentos.

Aún así algo parecía faltar en el cuadro. La sintaxis no era bastante, los actos de habla parecían apuntar en la buena dirección pero ¿dónde estaba la persona que usaba el acto de habla; el usuario del lenguaje?

El resultado de hacerse estas preguntas fue la creación de un nuevo enfoque de los estudios lingüísticos, el llamado de los actos de habla; el quehacer del lenguaje no es el lenguaje mismo, e lenguaje aislado, sino el ejecutar algo con el lenguaje: operar cambios en el mundo, usar las palabras como instrumentos.

Aún así algo parecía faltar en el cuadro. La sintaxis no era bastante, los actos de habla parecían apuntar en la buena dirección pero ¿dónde estaba la persona que usaba el acto de habla; el usuario del lenguaje?. Por raro que parezca, nadie parecía haberle prestado atención. En el torbellino surgido alrededor del nuevo modelo en lingüística (o mejor, los nuevos modelos; porque también en el campo transformacional se tomaba conciencia de la realidad de la vida y se trataba de remediar las deficiencias de varias maneras) en este torbellino parecíamos haber dado de lado a los personajes más importantes: los usuarios del lenguaje que todo el mundo estaba ansioso de describir.

Sobre el terreno real este ansia había tenido frecuentemente trágicas consecuencias: mientras los lingüistas se afanaban en anotar los datos sobre una lengua interesante, los hablantes de esa lengua estaban a menudo muriendo de hambre y enfermedades transmitidas por el contacto con la civilización que el lingüista, voluntaria o involuntariamente representaba.

El que se produjera esta negligencia, la de dar de lado la usuario, es tanto más notorio en cuanto que en uno de los escritos más tempranos en los que se

menciona la pragmática en conexión con la lingüística, una Introducción a la Semántica de 1942 publicada por el famoso filósofo austro-americano Rudolf Carnap, advertimos una preocupación explícita con las cuestiones de los usuarios. Carnap escribe:

"La lingüística, en el sentido más amplio, es la rama de la ciencia que contiene toda la investigación empírica relativa a las lenguas. Es la parte descriptiva, empírica de la semántica (de lenguas habladas o escritas): por lo tanto consta de pragmática, semántica, y sintaxis descriptiva. Pero estas tres partes no están en el mismo plano: la pragmática es la base de toda lingüística... la semántica y la sintaxis son estrictamente hablando, parte de la pragmática (1942:13).

El modo de enfocar la pragmática de Carnap, surgido del pensamiento de un filósofo no resultó atractivo para sus contemporáneos los lingüistas o científicos de la conducta. Sin embargo, en su visión de la pragmática, Carnap no excluye ninguna de las disciplinas humanas tradicionales que tienen que ver con el comportamiento humano: él menciona en particular:

"el análisis de las relaciones entre la conducta lingüística y otros tipos de conducta,... los estudios etnológicos y sociológicos de los hábitos lingüísticos y sus diferencias entre tribus diferentes, diferentes grupos de edad, estratos sociales..." (ibid).

Estos ámbitos habían sido antaño clasificados como sociolingüísticos o etnolingüísticos pero que hoy en día se tienen por auténticamente pragmáticos. Lo más sorprendente quizá sobre las opiniones de Carnap es el hecho de que nadie les hiciera caso y que en 50 años más tarde aparecen muy escasamente citadas, si es que aparecen, ¡Ciertamente Carnap se adelantó a su tiempo!

Volvamos por un momento al tema de la desconstrucción. Decía que la desconstrucción presupone la existencia de algunos constructos. Decía también que la pragmática trata de introducir de nuevo al usuario en la lingüística. ¿Como pueden reconciliarse estos dos asertos?

Anteriormente mencionaba algunos de los constructos con que operan los lingüistas: sintagmas nominales, oraciones y así sucesivamente. Consideremos la famosa (o si prefieren notoria oración (o en términos filosóficos proposición)): "The cat is on the mat", en español

"El gato está en la alfombra"

Tomada en si misma, esta oración es un mero constructo lingüístico (o filosófico). Para tener sentido necesita ser proferida por alguien en algún contexto de uso. ¿Cómo encontramos este contexto?. Tanto los lingüistas como los filósofos contestan a esta pregunta inventando contextos, es decir inventan constructos para insertar en ellos los viejos constructos.

Esto es práctica corriente entre estas personas: pero si el ejemplo (la oración) ha sido construida, también lo ha sido el texto que la rodea y el resultado es la construcción de constructos superpuestos.

La pragmática, por otra parte, coloca la cuestión del contexto en primer lugar, y se pregunta quien profiere qué y en qué circunstancias. La noción de

oración es reemplazada por la de *preferencia*, preferencia adscrita a una persona con una situación dada y presuposiciones que conjuntamente dan sentido a la preferencia. Es el *contexto vivo* de la persona el que da cuanta de los significados de sus preferencias, en contraste con el contexto restringido y estéril que los lingüistas atornillan alrededor de sus oraciones y que aducen únicamente para clarificar un punto de semántica o sintaxis.

Para obtener el punto de vista del usuario habrá de entender su situación, habrá de visitar el lugar de que procede y examinar las precondiciones latentes o patentes que rigen su uso de la lengua.

No debo confiar solamente en voz del texto (como los "New Critics" y muchos lingüistas quieren que hagamos) sino que debo buscar la voz (o voces) bajo y detrás del texto; en breve, debo concentrarme en el *discurso* que subyace al texto, que en último término es el de las condiciones sociales a las que cada usuario del lenguaje está sujeto en el uso de su lengua.

Pero escuchar a las voces del texto es precisamente lo que llamamos *desconstruir* el texto, dejar claros sus supuestos, sacar a la superficie su mensaje oculto, sondear hasta los más alejados recodos de significado. Pero situar el texto en su propio discurso es también contextualizarlo, no solo añadiéndole más y más contexto, sino buscando explicaciones que están en el fondo de la misma producción del texto; que están en el texto aunque no son del texto como tal.

Esta es la dialéctica a la que Kierkegaard aludía en mi cita del comienzo: el texto es lo que tenemos pero lo que tenemos no es lo que el texto es. El texto no se basta a si mismo: la autosuficiencia textual es un mito. En términos de la dialéctica, el sentido objetivo de un texto solo puede ser traído a colación apelando a las condiciones subjetivas de su producción: viceversa, a las intenciones subjetivas del texto (tal como son encarnadas por sus productores y consumidores) solo se les podrá hacer justicia en el contexto más amplio de la sociedad, a través del análisis del discurso social que enlaza y junta a los productores y consumidores.

El historiador armenio del siglo IV P'awestos Bizandaci (Fausto de Bizancio) en sus crónicas de la guerra entre persas y armenios, cuenta una interesante historia sobre cierto rey armenio que tuvo el infortunio de ser capturado por los persas. Llevado ante el rey persa, adujo su buena voluntad, prometiendo ser un leal vasallo, reconociendo la autoridad y el dominio persa sobre sus territorios y acordando que se impusiesen ciertos tributos a sus súbditos.

Como podemos imaginar, el rey persa no estaba muy seguro de las buenas intenciones y propósitos de su antiguo adversario. Tras deliberar con su consejeros, decidió enviar cuatro carros tirados por mulas al país del rey armenio, para que fuesen cargados con tierra del palacio real. A la vuelta, los carros fueron vaciados en el campo del cuartel general del ejército persa.

Cuando el rey armenio fue llevado de nuevo a la tienda del rey persa se encontró con que allí se extendía una pequeña parte de suelo armenio. Se le ordenó permanecer de pie sobre este suelo y los persas le interrogaron de nuevo

como antes ¿Cómo iba a comportarse a la vuelta a su país; mantendría la lealtad a su nuevo señor, el Rey de Persia?

Al oír esto, el rey armenio puso los ojos en blanco, apretó los puños y se puso a despotricar condenando a los persas y su hazañas, haciendo crueles comentarios sobre su rey y poniendo en ridículo a su ejército, a la vez que los amenazaba con horribles castigos tan pronto como tuviera la ocasión de llegar a un equilibrio con ellos.

A continuación, cuando se le mandó abandonar el parterre y encontrándose de nuevo en suelo persa, volvieron a preguntarle lo mismo que antes. Pero esta vez, el armenio volvió de nuevos a sus protestas de lealtad y vasallaje, las mismas que al principio habían provocado las dudas de los persas.

El "test" fue repetido unas cuantas veces más, hasta que el rey persa quedó satisfecho de que las palabras del gobernante armenio, cuando eran apropiadamente contextualizadas en su propio entorno (el suelo armenio) expresaban la verdad del asunto y que pronunciadas fuera de contexto, o en un contexto extraño, no merecía confianza. A consecuencia de lo cual ordenó despellejar al rey armenio y que su piel se rellenase de paja y luego fuese cosida y enviada a los armenios con la severa advertencia de no emplear más trucos con los persas.

Lo que podemos aprender de los gruesos trazos de esta historia no es como manejar los asuntos diplomáticos en nuestra época (en ciertos aspectos parece que sabemos sobrepasar a los antiguos persas, aún sin que propiamente nos hayan enseñado). La moraleja es el *contexto*.

Un texto sin contexto no es solo incomprensible, no quiere decir nada en el más estricto sentido de la palabra. Hablando pragmáticamente, un texto descontextualizado no es un texto sino un constructo abstracto. El rey persa se las ingenió para desconstruir el texto de su adversario al contextualizarlo; al desconstruir las palabras del armenio fue capaz de desconstruir y destruir al hombre. Así podemos decir que la pragmática como desconstrucción es el final argumento *ad hominem* e, incidentalmente, una rehabilitación de la más antigua de las ciencias lingüísticas, el arte de la retórica; y por lo tanto una reivindicación de la pragmática como la práctica de construir y desconstruir a los hombres mediante la palabra, pero no "por la palabra sola".

He dicho
Jacob L. Mey

REFERENCIAS

- Carnap, Rudolf. 1942. Introduction to semantics. Cambridge, Mass.: MIT Press.
Chomsky, Noam. 1965. Aspects of the theory of syntax. Cambridge, Mass.: MIT Press.
Eco, Humberto (1988). Il pendulo di Foucault, Milano, Bompiani.
Hjelmslev, Louis. 1954. Prolegomena to a theory of language. Bloomington, Ind.: University of Indiana Press. [Danish original 1943].
Kierkegaard, Soeren. 1950. The point of view for my work as an author. English translation by Charles Lowrie. Oxford: Oxford University Press. [1939]. (Danish original [1859]).
Mey, Jacob L. Pragmatics: An introduction. Oxford: Blackwell.